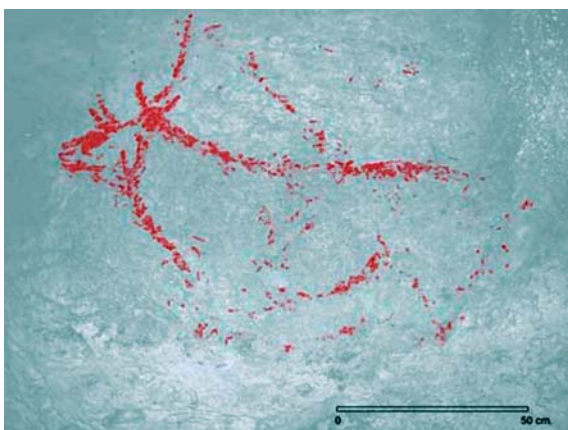


3.2. La bahía de Santander y la cuenca de Miera

La cueva de El Pendo se sitúa en la bahía de Santander, y está adscrita a la cueva del Miera, en la zona centro-oriental de Cantabria. Está delimitada al oeste por la cuenca del Pas-Pisueña, al este por el Asón, al sur con la provincia de Burgos y al norte con el litoral. Las afloraciones de roca caliza están presentes en toda la cuenca, conteniendo numerosas cavidades. El Salitre, La Garma, Los Moros de San Vitores, El Pendo o El Juyo son algunas cuevas decoradas en esta área geográfica. Todas ellas, a excepción de El Salitre, están situadas en altitudes muy moderadas. Sin duda, y teniendo en cuenta que la costa estaría entre 6-9 kilómetros al norte de la actual, la bahía de Santander sería un valle acogedor, con abundancia de cuevas y temperaturas más suaves que en el interior, lo que determinaría una importante densidad de asentamientos, actualmente sumergidos en el mar.

El Salitre contiene varias pinturas rojas de ciervos, ciervas y cabras, realizadas mediante la técnica del tamponado, al igual que en Covalanas, La Haza, La Pasiega, El Castillo o El Pendo, y con una antigüedad entre los 25.000 y 20.000 años, además de un pequeño conjunto de grabados no figurativos realizados con los dedos sobre la calcita en descomposición, tipo «macarro-ni». Los Moros de San Vitores contiene —entre otros motivos— un disco rojo, restos de pintura roja y cuatro grabados figurativos,



De arriba a abajo: cierva tamponada dibujada en un pequeño camarín, en Covalanas. En la actualidad esta imagen se ha convertido en el icono de la cueva. Foto: © Miguel Á. de Arriba/SRECD. Cierva y caballo dibujados hace 25.000-20.000 años en la cueva de El Salitre. Foto: Javier H. Rovira. Ciervo. El Salitre.



Mapa de ubicación de los principales conjuntos rupestres en la Bahía de Santander y la cuenca del Miera. Imagen: VVAA, 2010.

asignados al Magdaleniense inferior, como un bisonte y un rebeco. La cueva de El Juyo alberga evidencias de una intensa ocupación en su vestíbulo durante el Magdaleniense inferior. En el interior se ha documentado el grabado de una cabeza cabra y un ciervo, pertenecientes al Magdaleniense. Por último, la cueva de La Garma es uno de los conjuntos rupestres más significativos de la región, entre otros motivos por conservar en su superficie vestigios de actividad humana, asociados en su mayoría al Magdaleniense inferior. Desde 2008, La Garma está incluida en la lista de Patrimonio Mundial. Cerrada al público en la actualidad, a continuación detallamos todas sus características.

3.2.1. La Garma

La cueva está cerrada al público por motivos de conservación y por la dificultad para acceder hasta la galería Inferior. El Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria y el Centro de Arte Rupestre en Puente Viesgo muestran reproducciones parciales de esta cavidad.

La cueva recibe su nombre del monte donde se encuentra: la Garma (Omoño). En su cumbre aún conserva restos arqueológicos de un antiguo castro ocupado durante la Edad del Bronce y del Hierro. En su interior alberga un conjunto kárstico dividido en tres alturas. En la cota más elevada se halla la «Garma A», lugar por donde se accede en la actualidad al interior de la cavidad. Las excavaciones efectuadas en el vestíbulo de la Garma A han alcanzado una de las ocupaciones más antiguas de la cornisa cantábrica, datándose en 400.000 años de antigüedad, asignándose al Paleolítico inferior, seguido de una sucesión de niveles que alcanzan hasta el Paleolítico superior, análogos a los suelos de habitación que conserva la entrada de El Castillo.

El vestíbulo de La Garma A conecta con una estrecha y sinuosa galería que finaliza en una sima de 7 metros de altura por donde se desciende a la galería Intermedia, de grandes dimensiones, y cuya entrada natural se encuentra hoy colapsada. En ella se han documentado importantes restos paleontológicos, herramientas líticas en superficie y un conjunto de discos rojos y manos en negativo, dibujadas mediante soplado de época Auriñaciense.

La galería Intermedia finaliza en una segunda sima de 13 metros de altura, que conecta con el tramo central de la galería Inferior, compuesta por salas de amplias dimensiones y techos elevados —en su mayoría—, sobre todo en el antiguo vestíbulo, con un acceso natural obstruido por grandes bloques calizos durante el Magdaleniense medio. Aunque el interés arqueoló-



Manos en negativo dibujadas con aerógrafo en la galería Inferior de La Garma.

Foto: © Consejería de Cultura/Gobierno de Cantabria. Pedro Saura.



gico de La Garma fue identificado a principios del siglo XX gracias a los estudios de Lorenzo Sierra, no fue hasta 1995 cuando se produjo el hallazgo de su conjunto rupestre y las galerías interiores, coincidiendo con el primer año de campaña de la Garma A, cuando José Manuel Ayllón y Mariano Luis Serna, miembros del Grupo de Espeleología e Investigaciones Subterráneas (GEIS), descendieron por la Garma A hasta la galería Inferior, con el apoyo de Javier Herrera.

La importancia de la galería Inferior reside en los bloques calizos que obstruyeron la entrada natural de esta galería hace 13.500 años, permitiendo la conservación de estructuras antrópicas de diverso tipo, en contexto con un suelo plagado de materiales paleolíticos en superficie. Un registro arqueológico con valiosa información sobre la actividad humana desarrollada en los primeros 70 metros de la galería Inferior durante el Magdalenienense. Contiene, además, estructuras de diverso tipo y un importante conjunto rupestre, con una amplia horquilla temporal entre los 37.000 y 13.500 años de antigüedad. La diversidad de temas representados, repartidos por las paredes de la galería Inferior, aplicando diversas técnicas a lo largo del tiempo, indica el uso de esta cavidad al menos durante el Paleolítico superior, por lo que no se descarta la existencia de niveles de habitación más antiguos por debajo de los suelos cubiertos por materiales del Magdalenienense medio. A 90 metros hacia el interior de la entrada existe una estructura adosada en el lateral izquierdo de la sala, delimitada por bloques calizos y el suelo excavado, con evidencias de actividad humana en superficie.

A 125 metros de la entrada, también en el lateral izquierdo, se observa una segunda estructura circular, delimitada por grandes bloques calizos y una abertura de entrada. Jun-

to a esta, se localiza una tercera estructura delimitada por bloques calizos y columnas estalagmíticas, y el suelo excavado. En todas ellas, las paredes colindantes contienen manifestaciones rupestres y son visibles desde el interior de los espacios delimitados. En general, se han documentado más de 500 grafías en toda la cavidad. Por lo general, se sitúan en contexto con el área de habitación y las estructuras realizadas en el interior de la cueva e, incluso, en áreas dispersas hacia el interior.

La mayor concentración de manifestaciones rupestres se localiza en el espacio de ocupación, en su mayoría realizadas durante el Magdaleniense medio, y en contexto con el nivel arqueológico que hay en superficie. Traspasado este sector, las evidencias de arte parietal aparecen de forma diseminada a lo largo de la galería Inferior. Es a partir de este



*Composición de cabras y uro en tono rojo. Caballo dibujado en tinta plana y color negro en la galería Inferior. Cierva de contorno rojo. Máscara. Cueva de La Garma.
Foto: © Consejería de Cultura/Gobierno de Cantabria. Pedro Saura.*

momento cuando se identifican las representaciones más antiguas, como los discos rojos o las manos en negativo —con más de 40 ejemplos—, de color rojo y amarillo. Discos y manos fueron realizados al soplar el pigmento sobre el soporte, y son muy similares a los de El Castillo. Contiene, además, una amplia variedad de signos complejos, como claviformes, parillas, formas cuadrangulares con líneas internas, series lineales y concentraciones de puntos, e incluso signos sencillos como puntos aislados y manchas de color rojo. Hay varias cabras y un uro dibujados mediante la técnica del tamponado. En alguno se aplicó la tinta plana, cubriendo con pigmento determinadas partes internas del animal para realzar el volumen corporal.

Estos dibujos serían contemporáneos a los de otros conjuntos rupestres, cuya técnica pictórica y similitud formal en las imágenes es análoga. Como sucede en Cualventi, El Salitre, La Pasiega, Covalanas, La Haza o El Pendo, con una antigüedad en torno a los 25.000-20.000 años. Entre la variedad de especies representadas en la galería Inferior de La Garma destaca una hembra de megaloceros que vuelve su cabeza hacia atrás, por haber escasas evidencias de este tipo en la franja cantábrica. Las cabezas grabadas de ciervas a trazo estriado, típicas del Magdalenense inferior, muestran una gran similitud con otros ejemplos parietales en Las Aguas, El Castillo, La Pasiega, Altamira o Cofresdedo. Al Magdalenense también pertenecen algún bisonte, un caballo y varias cabras dibujadas en negro, ubicadas en el vestíbulo y en contexto con varias piezas de arte mueble en superficie.

En general, la cueva contiene más de 500 representaciones, 100 de animales con un claro predominio del ciervo y la cierva, seguidas del caballo, el bisonte, la cabra, el uro, dos máscaras, un megaloceros y una posible hiena, 40 manos en negativo y más de 20 signos complejos. Se añade, además, un amplio repertorio de composiciones sencillas, como series lineales de puntos, digitaciones o trazos pareados. La galería Inferior fue transitada en el siglo VII d. C, en plena Edad Media, a la que se accedía por la misma sima por la hoy se desciende desde La Garma A. A ese momento corresponden los restos humanos localizados en la galería Inferior. Dos de ellos, recolocados con posterioridad a la muerte del individuo.

3.2.2. El Pendo

CUEVA VISITABLE



La cueva de El Pendo se encuentra en el municipio de Escobedo de Camargo, en concreto en el barrio de El Churi. Desde aquí, y a través de diversos paneles direccionales en donde se indica cómo llegar hasta la cueva, accederemos a ella por una estrecha carretera que finaliza en el aparcamiento de la misma, donde se encuentra el centro de recepción de visitantes.

Es recomendable planificar la salida con suficiente antelación y llegar al aparcamiento entre 30 o 20 minutos antes del inicio de la visita. Una vez estacionado el vehículo, es conveniente coger ropa de abrigo y calzado cómodo que no resbale para recorrer el interior de la cavidad. El Pendo tiene una temperatura media de entre los 9 °C y 10 °C todo

el año, a diferencia de otras cuevas visitables, cuya temperatura oscila entre los 12 °C y 14 °C.

En el centro de recepción de visitantes está la taquilla donde se convalida la entrada adquirida en la web de cuevas prehistóricas con objeto de registrar nuestro acceso en la cavidad por razones de conservación, y se paga la reserva telefónica o se adquiere una entrada para la próxima visita. Es posible que cuando lleguemos el guía esté realizando una visita en el interior de la cavidad. En tal caso debemos esperar junto a la taquilla para que nos atienda por orden de llegada cuando concluya. Antes de acudir a la cueva es recomendable consultar la disponibilidad en el día, en la sección de «Horarios y Tarifas» de la cueva en el enlace cuevas.culturadecantabria.com. El centro de recepción de visitantes dispone de baños públicos y una pequeña tienda, donde adquirir algún recuerdo. Durante el curso escolar se ofertan talleres didácticos a grupos escolares, los cuales se realizan en torno a la cavidad o en el propio aparcamiento. En la web se puede descargar un dossier con información y actividades relacionadas con El Pendo, destinado a grupos educativos de primaria y secundaria.

Desde el centro de recepción de visitantes recorreremos una senda peatonal de unos 400 metros hasta la cueva. Durante el recorrido llama la atención su vegetación boscosa, junto al cauce del río Pendo, formada principalmente por avellanos y castaños. A la vereda del camino existen diversos paneles informativos en varios idiomas que nos aportan información adicional sobre la importancia de El Pendo, el tipo de fauna y flora que había en el entorno durante el Paleolítico, su transformación en el tiempo, quienes la habitaron y sus modos de vida, entre otros temas.

La cueva fue habitada durante el Paleolítico medio y superior, siendo utilizada como espacio sepulcral durante la Edad del Bronce, donde se han documentado diversos enterramientos y materiales de tipo votivo, como platos de madera, fragmentos de cerámi-



Senda peatonal hasta la cueva de El Pendo. Llama la atención por su bosque de árboles autóctonos como avellanos, abedules y castaños.

Foto: © Miguel Á. de Arriba/SRECD.



Boca actual de la cueva de El Pendo, vista desde el interior.

Foto: © Miguel Á. de Arriba/SRECD.

ca o puñales de cobre, entre otros muchos. En la zona más profunda de la cavidad se ha identificado, en una estrecha galería a modo de divertículo, un pequeño conjunto de grabados realizados a finales del Magdaleniense.

Pero su mayor interés reside en las numerosas evidencias de arte mueble abandonadas en la cueva durante las diversas ocupaciones que tuvo la cavidad en el Paleolítico superior, y un conjunto de 23 pinturas rojas y una de color siena realizadas en la primera sala. En ella, destaca un friso de 25 metros de longitud, situado en un frente originado por el desprendimiento de un estrato rocoso, que cuelga de la pared a modo de visera, y en donde se localizan 23 de las 24 pinturas realizadas. El friso, visible desde el área de ocupación, llegó a estar iluminado por la luz natural en época prehistórica, antes del desplome de la visera y del colapso de su boca. Las pinturas fueron realizadas entre el Gravetien-se y el Solutrense, y tienen en torno a 25.000-20.000 años de antigüedad. La técnica aplicada es por lo general el tamponado, para representar el contorno o la parte interna de algunos animales, seguido del trazo simple y la tinta plana, que consiste en esparcir la pintura con la mano para rellenar con color las partes internas de los animales.

3.2.2.1. Historia del descubrimiento

El potencial arqueológico de la cueva de El Pendo fue descubierto en 1878 por Marcelino Sanz de Sautuola, un año antes del descubrimiento de Altamira, junto a su hija María. Sautuola realizó en su interior varias catas, aflorando rápidamente diversos huesos y útiles de época prehistórica. En 1907, Hermilio Alcalde del Río, dentro del Proyecto de Identificación y Estudio de Nuevos Conjuntos Rupestres en la franja cantábrica, bajo el mecenazgo de SAS Alberto I de Mónaco, y tras estudiar en 1902 el conjunto rupestre de Altamira, aportó nuevos hallazgos en el interior de la cavidad. Además de descubrir otros conjuntos como el de Covallanas (1903), Hornos de la Peña (1903) o El Castillo (1903), se interesó por la cueva de El Pendo debido a su potencial arqueológico, con el propósito de analizar sus paredes. Hermilio identificó un pequeño conjunto de grabados situados al fondo de la cavidad, formado por dos posibles aves, hoy interpretados como un ave y un caballo.



Conjunto de grabados magdalenienses identificados en 1906 por H. Alcalde del Río al fondo de la cavidad. Estos han sido interpretados como un ave mirando a la izquierda y un caballo en sentido opuesto.

Es a partir de 1910, y durante la década de los años 20, cuando Jesús Carballo, fundador del Museo de Prehistoria de la Provincia de Santander en 1926 (actual Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria), excava sus ricos niveles arqueológicos, documentando un alto porcentaje de objetos. Principalmente óseos y finamente decorados, lo que permitió la dotación de una importante colección a dicho museo. Durante años, El Pendo sirvió de «cantera»

para llenar las vitrinas del Museo de Prehistoria e, incluso, realizar intercambios con diferentes museos e instituciones científicas, adquiriendo rápidamente fama internacional.

La guerra civil española interrumpió los trabajos arqueológicos, volviendo a excavar el padre Carballo a inicios de los años 40. Las campañas desarrolladas entre 1953 y 1957, bajo la dirección de Julio Martínez Santa-Olalla y un grupo multidisciplinar de prehistoriadores europeos, permitieron la aplicación de nuevos métodos de excavación y análisis de estudio nunca antes vistos. Algunos siguen vigentes en la actualidad, como la excavación en cuadrícula para conocer el uso espacial de la cueva por quienes la habitaron, o el análisis de los pólenes del sedimento arqueológico para reconstruir y analizar la evolución del clima y la flora en el entorno durante el Paleolítico. Estas técnicas fueron impartidas en el Curso Internacional de Arqueología de Campo, impartido durante la campaña arqueológica de 1955, permitiendo la formación de una nueva «cantera» de prehistoriadores como Joaquín González Echegaray, fundador del Museo Etnográfico de Cantabria, el cual publica años más tarde la monografía de los trabajos de campo efectuados en El Pendo durante los años 50.

Entre 1994 y 1997 la cueva vuelve a excavar, esta vez bajo la



Julio Martínez-Santaolalla, director de las excavaciones de El Pendo entre 1953 y 1957, situado en el centro de la imagen con bigote. A la derecha, con un jalón en la mano, se encuentra A. García Lorenzo, quien realizó diversos trabajos de acondicionamiento en la cueva para facilitar las excavaciones. Vestido de negro, con sotana, se encuentra J. González Echegaray, quien publicó el trabajo monográfico de dichas excavaciones en 1980. La imagen fue tomada durante el desarrollo del Curso Internacional de Arqueología de Campo en 1955.



Instantánea de las excavaciones en El Pendo, en 1994. Foto: © Ramón Montes.

dirección de Ramón Montes y Juan Sanguino. El 21 de agosto de 1997, coincidiendo con el último día de campaña, Carlos González Luque descubre de manera fortuita las pinturas de El Pendo, un conjunto formado por 24 figuras, ejecutadas mayoritariamente mediante la técnica del tamponado, seguido de la tinta plana y el trazo simple. El mal estado de conservación en el que se encontraban las pinturas fue el motivo por el que los prehistoriadores que con anterioridad habían estado trabajando en la cueva no se habían percatado de su presencia. De hecho, fue necesaria una intervención directa sobre las pinturas, limpiando la capa de suciedad y hongos que cubrían las pinturas, además de consolidar el soporte rocoso en el que se encontraban.

Aparte de la importancia de los suelos de habitación, el hallazgo de las pinturas incentivó la apertura al público de la cavidad en 2003. Se inicia entonces una fase de estudio que permitió identificar los parámetros que permiten consensuar su conservación con el acceso público controlado, y se acondicionó la cavidad mediante iluminación eléctrica y una pasarela de tramex, que permite sortear los grandes bloques de roca caliza que colapsan parte de la boca, entre otros accesos. En la actualidad, los trabajos arqueológicos continúan, esta vez bajo la dirección de Edgard Camarós y Marián Cueto, centrándose en el estudio de los niveles pertenecientes a las primeras poblaciones que habitaron El Pendo: los neandertales.

3.2.2.2. Importancia de la cueva y su papel en la Prehistoria

La cueva es un sumidero activo por el que circula el río Pendo, al que debe su nombre. Este penetra por la boca de la cavidad, tras descender por una elevada pendiente, gracias a la distribución de los estratos de roca caliza en sentido perpendicular al curso del río, horadando la roca hasta su desembocadura en el río Pas. La cueva de El Pendo se ha formado mediante la continua aportación de agua en sentido transversal, a diferencia de otras cavidades, cuyo aporte es en sentido horizontal con el aporte del agua de la lluvia, formando en los techos y en el suelo una diversidad de formas como estalactitas, estalagmitas o columnas, algo casi anecdótico en El Pendo.

El río Pendo, en la actualidad, sigue circulando por el interior de la cueva. Los días de lluvia aumenta el cauce del río, y puede oírse desde el friso de las pinturas por un sumidero cercano, que recorre unos 12 kilómetros hasta el río Pas. En agosto de 1983, debido a las fuertes lluvias que cayeron en el litoral cantábrico, que afectaron sobre todo a la cuenca del Nervión e inundaron Bilbao, el cauce del río Pendo subió de tal manera que anegó la zona visitable, afectando los suelos arqueológicos por el arrastre del sedimento como consecuencia de la fuerza del agua.

Realmente se desconoce el desarrollo total de la cavidad. Tan solo la gran sala donde se encuentran los suelos de habitación excavados y el friso de las pinturas, así como la prolongación, a un nivel inferior, de la gran sala, donde se sitúan los grabados magdalenenses. Más allá del sumidero, situado a un nivel inferior junto el friso de las pinturas, se desconoce su desarrollo, al ser espacios inundados por el curso del río, y en parte por su escaso interés arqueológico ante la escasa posibilidad de que fuesen transitados por las poblaciones que habitaron y decoraron las salas iniciales de El Pendo.

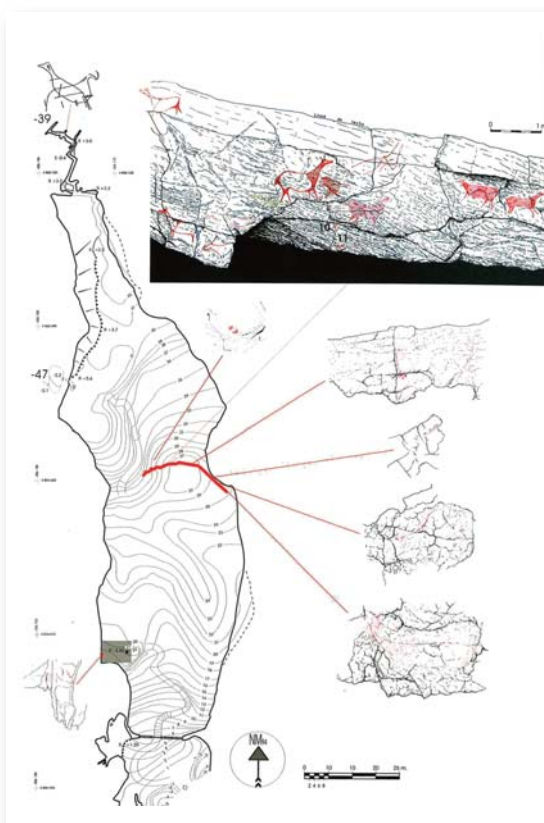
La cavidad es en la actualidad muy diferente a como la conocieron los grupos paleolíticos. Su acceso se realizaba por una gran boca, orientada hacia el sur, muy similar a Cuallalvera en la actualidad. El desplome de su visera hace 10.000 años, obstruyó gran par-

te de la entrada, reduciendo considerablemente el acceso de luz natural, y sellando bajo los bloques una amplia superficie de los suelos que fueron habitados durante el Paleolítico. Esto ha obligado a los arqueólogos a proyectar sus excavaciones en la parte más interna de su antiguo vestíbulo, cuyos suelos a veces están afectados o revueltos por el desplome de la visera y el cauce del río, que ha modificado su curso a lo largo de los años. Es posible que, en momentos puntuales, el río Pendo transcurriese junto a las áreas habitadas, disponiendo de «agua corriente» la cavidad.

El Pendo fue un lugar donde los neandertales encontraron las condiciones idóneas para vivir, buscando la protección de su visera, y un lugar de encuentro durante el Paleolítico superior entre poblaciones vecinas que conocían el lugar, habiéndose justificando a través de los numerosos objetos decorados hallados en los suelos arqueológicos, y cuyo friso de las pinturas fue testigo de aquellos encuentros durante milenios.

Cuando se accede por primera vez a la cueva de El Pendo llama la atención las dimensiones de la primera sala, de 45 metros de ancho por 22 metros de alto. En este lugar se han proyectado todas las campañas arqueológicas desarrolladas hasta la fecha en El Pendo. Desde los años 50, los trabajos se han concentrado sobre todo en el margen izquierdo de la gran sala debido a la formación de una capa estalagmítica en el suelo, gracias a la aportación constante de agua proveniente de las paredes colindantes, sellando los sedimentos arqueológicos y permitiendo su conservación debido al arrastre del agua y la captación de sedimentos como tierra de cultivo por los lugareños.

La secuencia estratigráfica de El Pendo está dividida en 33 niveles arqueológicos. Los niveles más antiguos corresponden al Paleolítico medio y contienen evidencias de poblaciones de neandertales que vivieron hace 84.000 años en un ambiente frío, como atestiguan las grandes hogueras efectuadas en el interior de la cavidad. El entorno estaba cubierto por un bosque caducifolio, y se cazaban de forma planificada bisontes, ciervos y caballos. Hace 40.000 años, las primeras poblaciones de *Homo sapiens* que habitaron la cornisa cantábrica ocuparon el vestíbulo. A partir de ese momento, las ocupaciones en el vestíbulo se suceden hasta finales del Paleolítico superior, hace 11.000 años. Es en esa



Plano y ubicación de las pinturas rupestres en El Pendo. Imagen: VVAA, 2010.